

LOS CRÍMENES DE LA VUELTA 83



RICARDO GÓMEZ



**levanta
fuego**



PRIMERA EDICIÓN: JUNIO DE 2020
SEGUNDA EDICIÓN: AGOSTO DE 2020
TERCERA EDICIÓN: MAYO DE 2021

AUTOR: RICARDO GÓMEZ

DISEÑO, CORRECCIÓN Y MAQUETACIÓN:
LEVANTA FUEGO
WWW.LEVANTAFUEGO.COM

ISBN: 978-84-09-19430-8

EL CONTENIDO DE ESTA OBRA PUEDE SER
DISTRIBUIDO, COMUNICADO Y COPIADO LIBREMENTE,
SIEMPRE QUE SU USO SEA NO COMERCIAL. PARA
CUALQUIER OTRO USO O FINALIDAD, SE RUEGA
CONTACTAR CON LA EDITORIAL.

ÍNDICE

A modo de prólogo.....	9
Encendedores Zor	13
Mondragón.....	21
Lunada	37
Juan de Pablos	49
Algunos recuerdos	59
Primeras etapas.....	67
Demasiados accidentes	79
En el Pirineo	91
Jóvenes, intrépidos... y muertos.....	101
En el Pirineo II	115
Una visita inesperada	127
En el Pirineo III.....	137
Desaparecido	149
Un año en blanco.....	159

Beñat	169
El momento de Alberto.....	183
La hija	197
El cambio	213
Nacidos para dominar.....	227
Amarillo	241
Un paso en falso	257
Pradejón	267
El tigre de Somosierra	273
Liberación	285
Inés, 36 años después.....	303
Oiz.....	321
Lemóniz	327
Nota del autor.....	353
Agradecimientos.....	355

A Tina

Cansada de esperar,
se conformó con algo parecido al amor.

GGQuintanilla, *Algo parecido al amor.*



Recorrido de la Vuelta de 1983.

A MODO DE PRÓLOGO

Julián Gorospe ganó la Vuelta de 1983. O también puede que fuese Marino Lejarreta el vencedor. No es un problema de nombres, fechas y una memoria renqueante cuando los acontecimientos se alejan en el tiempo. De hecho, no es ni siquiera un problema: en la novela todo es posible, porque es el terreno de la ficción por excelencia.

Es importante destacarlo para dejar claro que la tercera novela de Ricardo Gómez se puede leer como un *roman à clef*, donde cada personaje se corresponde con alguien que existió realmente, y solo un sutil juego de cambio de nombres evita la conexión directa con la realidad. Se puede leer así, pero el lector se equivocaría.

Al contrario que en el cine, en la literatura no es necesario poner avisos del tipo «cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia», un descargo de responsabilidad sobre el carácter ficticio de los personajes. Introducido por la industria cinematográfica tras un pleito por una película sobre Rasputín allá por 1932, el *All persons fictitious disclaimer* sigue usándose todavía para evitar demandas millonarias, convertido ya en un cliché más de la auténtica factoría de clichés que es el séptimo arte.

No hace falta, ni haría falta si la novela utilizase el mismo marco temporal de 1983 para hablar de Ronald Reagan, el SIDA, las

inundaciones de Bilbao, el lanzamiento de los relojes de plástico Swatch, el auge de las radios piratas, Severiano Ballesteros ganando en Saint Andrews el PGA, los diarios *secretos* de Hitler que hundieron la carrera de Hugh Trevor-Roper, la muerte de Muddy Waters o la desaparición de Mirella Gregori en Roma, porque todo es posible en la novela. Y sin pedir disculpas a nadie.

Los crímenes de la Vuelta 83 se presenta como la culminación de las anteriores obras del autor, donde ha plasmado una serie de estrategias narrativas inusualmente variadas, originales y transgresoras. La forma en la que pone en sus novelas elementos como el deporte, la música, el crimen o la conspiración en las sombras en la más pura tradición italiana no son más que dispositivos recurrentes para abordar temas de mucho mayor calado, como las infectas relaciones laborales de oficina, la soledad o la búsqueda de afecto, donde, con la pericia de un taxidermista, deja expuestas todas las vergüenzas cotidianas del día a día.

Porque la novela es una liberación de la rutina que es la servidumbre del horario laboral, de las conversaciones no deseadas con gente en gran medida indeseable, en un sitio que te han dicho que es el «trabajo», igual que a los demás «compañeros» les han dicho lo mismo, pero que lo viven como una extensión de la familia. La *famiglia*, en términos ciclistas.

Muy influenciado por los autores contemporáneos de novela negra, el autor desborda ese marco con oportunas referencias a clásicos de la ciencia ficción como Frederik Pöhl o a las letras de las canciones de Vainica Doble o Parálisis Permanente, porque el mundo es más complejo de lo que pueda caber en etiquetas preconfiguradas, especialmente en eso que antes se conocía como novelas policíacas, definición afortunadamente en desuso.

Queda así una novela de entretenimiento puro, al menos hasta que te golpea en el ojo una descripción de algo ya vivido, porque

así es la gran paradoja de este invento llamado novela, y que ya dura unos cuantos siglos: la capacidad de la ficción para permear la realidad, o al menos su relato. Yo, por ejemplo, ya estoy convencido de que la Real Sociedad ganó la liga 1980-1981 gracias a una conspiración de amplio calado, y no por lo realizado en el campo de juego.

Aquella primera novela de Ricardo Gómez esgrimía su condición de *basada en hechos reales*, ¡como si los creadores de historias necesitaran dopar con EPO de realidad a sus invenciones para que adquirieran una fortaleza que no necesitan! ¡No hacía ninguna falta! Todo está basado en hechos reales, y todo es al mismo tiempo novela. Ficción. Julián Gorospe ganó la Vuelta 1983. O quizás fuese Marino Lejarreta. Una pena lo de Sergio Rivas, que estuvo cerca de quedar entre los cinco primeros. Lean el libro y lo entenderán.

Sergio (Palomonte)

1

ENCENDEDORES ZOR

DICIEMBRE DE 1983

—¡Venga, brindemos! —dijo Alberto.

Sergio sonrió tímidamente y miró a su alrededor, como si alguien del restaurante pudiera reconocerlo. Después se volvió hacia Begoña.

—La verdad es que esto se me da fatal —protestó Sergio con la copa en la mano—. Antes de nada, brindaré por Juan, que lo echo muchísimo de menos. Ojalá estuviera aquí.

—Lo estás haciendo muy bien —lo animó Begoña.

Sergio reflexionó un instante antes de proseguir, recordando que a esas horas la niña ya estaría dormida con los abuelos.

—Ojalá —titubeó— todo nos vaya bien a todos y pueda ayudar a Alberto a ganar la Vuelta antes de retirarme.

—¡Pero si ya subes mejor que yo! —interrumpió Alberto alzando su copa y derramando el cava sobre la mesa.

—Si solo hiciese falta subir... —contestó Sergio.

Alberto Fernández, que no destacaba por sus prolijas conversaciones, había tomado varias copas de vino y estaba desatado.

Pidieron la cuenta y, entretanto, Alberto preguntó a Sergio por los pormenores de la renovación de su contrato.

—A los jefes de la marca les debo de caer bien. Según me dijeron, lo del ciclismo en España va para arriba, sobre todo ahora que se empieza a emitir por televisión, y mi imagen de corredor hormiguita gusta a la gente. Son sus palabras ¡eh!, que yo he pasado muchísima vergüenza. A mí lo que me gustaría es correr un último Giro o Tour antes de retirarme. Se lo he dicho tal cual, y bueno, estudiarán la posibilidad según cómo se plantee la temporada que viene.

—¿Y Javier qué ha dicho de la renovación?

—Ya sabes que no le gusto, aunque delante de ellos ha estado más comedido de lo esperado. Eso sí, no se ha cortado un pelo al proponer que sería preferible un contrato por año.

—Oye —dijo Alberto pegándose a Sergio—, yo podría hablar con él. Sabes que soy su ojito derecho y que me haría...

—No —respondió lacónico—. Ya lo hemos hablado y es mejor dejar las cosas como están. Lo que tenga que hacer lo haré sin intermediarios. El ciclismo no es tan diferente de lo que pasa en el ámbito laboral. Te podría contar cientos de historias de la fábrica donde trabaja mi padre, y créeme que aquí sucede lo mismo.

—¡Chicos, estamos esperando! —dijo Inma agitando los brazos.

Begoña le pegó un coscorrón cariñoso a Sergio y se levantó dando un respingo. A los pocos minutos ya habían abandonado el restaurante.

—¡Qué tarde se nos ha hecho! —exclamó Begoña.

—Entre que hemos llegado a cenar casi a las doce y las copas... —dijo Sergio.

—Que no sabéis, ¡que en Madrid se cena tarde! —respondió Alberto.

Las calles estaban salpicadas de luces y adornos navideños y, a pesar de la hora, había mucha gente deambulando por los locales de copas y en las puertas de los cines y teatros.

—¿Qué hacemos? —preguntó Inma encogiéndose para protegerse del frío.

—Yo me iría al hotel —respondió Sergio mirando a Begoña.

—A mí no me mires —dijo alzando las manos—. Es tu fiesta.

Después, Alberto se abrazó a Sergio.

—Vamos a ver —dijo Alberto mirando hacia ellas—. Esta misma tarde acabas de firmar un contrato por dos años, la niña está con los abuelos, te has pasado el año entero pedaleando sin tomarte ni una sola cerveza... ¿y en serio nos estás diciendo que te quieres ir al hotel?

—No, a ver, que igual...

—¡Taxi! —gritó Alberto con el brazo en alto.

Un taxi aminoró la velocidad hasta detenerse junto a ellos. En cuanto el taxista bajó la ventanilla del copiloto, Alberto introdujo la cabeza casi hasta adentro.

—Llévenos a algún sitio de moda, donde pongan buena música ¿no, Sergio? —dijo mirando de medio lado.

—Claro, claro —masculló Sergio.

—Tampoco hace falta que muestres tanto entusiasmo —añadió Alberto.

—Conozco uno que tiene mucho ambiente, está cerca, en la calle Alcalá —respondió el taxista mientras se sentaban.

El taxi arrancó, y Alberto, que iba delante, sacó la cabeza por la ventanilla y comenzó a gritar.

—¡Vamos, Sergio, cojones, mueve el cambio y mete un dieciséis, la madre que te parió, cógele la rueda a Hinault!

Sergio se ruborizó ante la pantomima, e Inma, la mujer de Alberto, se incorporó en el asiento trasero para llamarle la atención y decirle que subiera la ventanilla, que además hacía frío.

Eran casi las tres de la mañana cuando se pusieron en la cola de la sala de fiestas, y un cuarto de hora después ya estaban dejando sus abrigo en el guardarropa.

—Y prométeme, Sergio, que no serás un cortarrollos —dijo Alberto antes de pasar a la pista de baile.

—De acuerdo, pero tú tampoco des la nota, que cuando bebes te pareces a Javier Mínguez.

—¡Cuánto bullicio! —dijo Begoña.

—Podemos subir a la planta de arriba y tomar algo sentados —dijo Alberto—. Venga, yo invito a la primera.

La sala, recién remodelada, parecía mantener el aspecto de su antigua disposición, y la planta superior se asemejaba a los palcos y las plateas de los teatros.

—Muchísimo mejor aquí —dijo Sergio asomando la cabeza hacia la planta baja—. Voy a ayudar a Alberto.

Minutos más tarde regresaban con las copas.

—¿A que no sabéis a quién he visto ahora mismo cerca de la barra? —dijo Sergio según daba un sorbo de cava—. A Pérez Rollo y a algún otro del Partido Comunista.

El resto se miró encogiéndose de hombros.

—Estos días se celebra el congreso del PCE en Madrid —insistió ante el desinterés general—. Lo habréis visto en los medios, ¿no?

—Anda, Sergio, tú siempre con lo de la política y la música —respondió Alberto—. Vamos a bajar a mover algo el esqueleto, y más tarde, cuando pongan las lentas, bailamos con ellas.

—Alberto, que esto no funciona como las fiestas de Aguilar de Campoo.

—Tonterías.

La noche fue avanzando. El cansancio iba haciendo mella en Sergio, que miró al reloj varias veces antes de decir que era hora de retirarse.

—La última, solo la última y nos vamos... por favor —suplicó Alberto.

—Bueno, pero voy yo, que solo quiero una cocacola y no me fio de ti.

—A nosotras no nos saques nada.

Sergio bajó hasta la pista de baile y fue sorteando el gentío hasta acercarse a la barra. Mientras esperaba a que le atendiera alguno de los camareros, algo le sobresaltó. En el fondo de la barra creyó ver un rostro conocido que le trajo un recuerdo desagradable. Volvió a mirar con más atención, pero ya no estaba. Quiso creer que el cansancio y la escasa iluminación le habían jugado una mala pasada. Luego hizo un ademán al camarero más próximo. Sin embargo, pasó de largo mientras Sergio seguía con el brazo extendido con una estúpida sensación de invisibilidad. «Jamás me ven», se dijo resignado.

Sonó una canción de Parálisis Permanente, *Unidos*. «Las lentas», se dijo parodiando a Alberto, y recordó el reciente fallecimiento de Eduardo Benavente a los pocos días de finalizar la Vuelta a España.

En la barra nadie le atendía y, cuando se giró, pudo ver con nitidez el rostro que le había sobresaltado. «No puede ser, es él». Y allí

estaba, apoyado contra una de las columnas al fondo de la pista. Sus inconfundibles gafas le parecieron tan inquietantes como un coche de matrícula francesa con los faros amarillos en mitad de la noche. Se quedó observándolo desde una distancia prudencial sin poderse quitar de la cabeza los extraños sucesos que le ocurrieron durante la Vuelta a España. Apenas había cruzado palabra con él. Sabía que era un prometedor ciclista del equipo Reynolds que había debutado ese mismo año como profesional logrando el segundo puesto en la Vuelta a Cantabria. Y aunque no participó en la Vuelta a España, sí que lo hizo en el Tour de Francia como escudero de Ángel Arroyo. Durante la Vuelta Ciclista a España se había dejado ver con la caravana de su equipo en algunas etapas concretas y, por algún motivo que no lograba entender, varias veces lo había visto merodear cerca del autobús del Zor. «Siempre errante y a la expectativa». Se preguntó qué hacía en la discoteca Alcalá 20, solo, y justamente el mismo día que estaba él.

La amenaza se cernía siniestra y abandonó la idea de pedir una última copa. Bordeó la pista de baile evitando cruzarse con él y regresó a la planta superior.

Ya en la platea, Alberto lo miró con ofuscación al comprobar que regresaba de vacío.

—Acabo de ver a Enrique justo aquí debajo —dijo Sergio visiblemente alterado.

—¿Qué Enrique? ¿Y mi cubata? —preguntó Alberto con las palmas extendidas.

—¡Aja, Enrique Aja, el de las gafas, joder! Lo he visto ahí abajo y era él —gritó Sergio.

—Ya, bueno, aquí viene mucha gente, como los comunistas esos, ¿no? —dijo Alberto asomándose indiscretamente por el palco—. Yo no veo a Enrique Aja por ningún lado.

—¡Te digo que estaba ahí, joder!

—¿Y qué?

Inma y Begoña presenciaban aquella discusión con gesto de perplejidad.

—Tengo la sensación de que estamos todos demasiado cansados —interrumpió Inma—, así que, Alberto, querido, baja conmigo al guardarropa para ir ganando tiempo, que yo voy saliendo fuera para reservar un taxi.

Eran poco más de las cuatro y media de la madrugada cuando Alberto e Inma se levantaron. Sergio y Begoña se quedaron rezagados. Otras personas también habían elegido el mismo momento para salir, y por unos momentos se taponaron las escaleras. Sergio estiró el cuello hacia la pista de baile para localizar a Enrique Aja, pero no lo vio. Entonces, por encima de la música se escuchó un vago rumor proveniente de la planta baja que inquietó a Sergio. El sonido fue creciendo en intensidad y algunos clientes que estaban en la pista se arremolinaron en torno a las cortinas de una de las puertas laterales. A los pocos segundos los curiosos se alejaron inexplicablemente de allí.

En las escaleras, alguien empujó a Sergio. Perdió el equilibrio, tropezó con Begoña, y ambos cayeron rodando al suelo. Al tratar de levantarse se apagó primero la música y después la luz. El local se quedó a oscuras.

Olía a humo. El pánico se apoderó de la sala y el murmullo general se tornó en un griterío ensordecedor y siniestro. Sergio apenas podía moverse por la cantidad de gente que le rodeaba, pero no soltó en ningún momento la mano de su mujer. A duras penas lograron ponerse en pie y llegar a la planta baja. Allí caminaron desconcertados por uno de los múltiples pasillos tratando sin éxito de llegar hasta la estrecha escalera circular de la salida. Algunas personas corrían frenéticas chocando contra otras, que a su vez retrocedían desesperadamente buscando una salida. Aquello

formó un enorme tapón y cayeron de nuevo al suelo. En la oscuridad, una llamarada gigantesca que emanaba como un tiro de fogón de los laterales de la pista de baile iluminó el local para después prender rápidamente el techo. Algunos empleados se afanaban en apagar las llamas con los extintores y en desbloquear las salidas de emergencia. Otros consiguieron escapar por una salida desconocida situada detrás del escenario.

En el angosto pasillo, Sergio, todavía de la mano de su mujer, trató de erguirse, pero apenas se podía mover. El aire denso y sofocante le impedía respirar, mientras los futuros cadáveres le apisonaban sin compasión. Tuvo un último e indefinido recuerdo de su niñez, quizás de Begoña, quizás de su hija.

Alberto e Inma llegaron rodando hasta el exterior empujados por la jauría humana. Luego cruzaron la calzada hasta desplomarse en el otro lado de la calle.

Pronto se escuchó el sonido de las primeras sirenas.